

fuerzas en órden de batalla, dió la órden de ataque con las palabras: «¡En el nombre de Jesus, marchen!»

Los tres batallones de granaderos Kleist, Muenchow y Plotth abrieron la marcha con las armas al hombro á los acordes de la conocida marcha llamada del príncipe de Anhalt-Dessau. Detrás de estos batallones seguían otros tres de su propio regimiento; pero el fuego espantoso que el enemigo dirigió sobre ellos con sus cañones, obuses y fusilería fué

tan mortífero que hubieron de retroceder con terribles pérdidas. No fué menos desgraciado el segundo ataque que dió el regimiento de Anhalt. En este segundo ataque llegaron los granaderos hasta las tapias y cercas de la aldea y empezaron á encaramarse para subir hasta la cima por la pendiente cubierta de hielo; pero la metralla del enemigo hizo tantos estragos entre ellos que retrocedieron huyendo desordenadamente. Al verlos los sajones tan completamente derrotados,



Augusto III, rey de Polonia

no supieron dominarse y salieron de su posición inexpugnable para perseguir á los fugitivos, con lo cual obligaron á sus baterías á suspender el fuego para no matar á su propia gente. Entusiasmados ya se desmembraron los perseguidores corriendo ciegos detrás de los prusianos, y esto los perdió.

El viejo Dessaués, como los soldados llamaban á su general el príncipe Leopoldo de Anhalt-Dessau, continuaba inmóvil en su puesto en medio de la terrible y confusa pelea entre los fugitivos y sus perseguidores; tres balas habían atravesado su capote; pero sereno en medio de la matanza conoció la falta del enemigo, y con la mayor sangre fría aprovechó el momento favorable de cambiar completamente la suerte de la

batalla. Mandó avanzar la caballería, y al momento se echaron los dragones de Lucderitz sobre los granaderos sajones y austriacos que fuera de formación fueron acuchillados y dispersados. En completo desórden trataron de volverse y cobijarse detrás de sus posiciones fortificadas; pero perseguidos á su vez por los prusianos, penetró con ellos en la aldea de Kesselsdorf el general Lehwaldt con dos batallones, que tomaron la batería grande; rechazando á la caballería sajona con mortíferas descargas de fusilería, mientras se apuntaban las piezas conquistadas á la caballería austriaca á las órdenes del general Sobieski que no tuvo mas remedio que retroceder.

Entre tanto el hijo menor del príncipe de Anhalt, Mauricio, pasó el pantano y el arroyo medio helado del Zschonengrund, y subió al ribazo peñasco y liso del otro lado con los batallones del ala izquierda. Allí se arrojó espada en mano con dos batallones del regimiento Príncipe de Prusia sobre el regimiento sajón mas próximo, que no resistió el empuje; y con ayuda del regimiento Bonin que se le juntó entonces hizo retroceder á la segunda línea sajona hasta la aldea de Pennerich de donde la arrojó también con una tercera embestida. Quedaba todavía el resto del ala derecha de los sajones junto á Zoellmen, pero también de allí fué arrojado el enemigo por el príncipe Jorge de Darmstadt con su regimiento. A la entrada de la noche estaba concluida la batalla; los sajones huían hácia Dresde con tanta precipitación, que á los austriacos del general Gruenne, que no habían tomado parte en la acción, les costó trabajo seguirlos. El feldmariscal Rutowski se mostró tan consternado, que lejos de querer probar otra vez fortuna con los austriacos que el príncipe Carlos tenía formados en órden de batalla cerca de Dresde, prefirió retirarse con ellos sobre Pirna. El rey de Prusia hizo su entrada con 10 batallones en Dresde el 18 de diciembre.

El mismo día de la derrota del ejército sajón cerca de Kesselsdorf, el 15 de diciembre, había llegado á Dresde el conde de Harrach, enviado por la emperatriz María Teresa, para concertar la paz con Francia representada en la corte de Sajonia por Vaulgrenant, á fin de arrebatar al rey de Prusia el único aliado que le quedaba, y evitarse así el disgusto de hacer la paz con este último sobre la base de la renuncia de Silesia. Las instrucciones de Harrach eran sacrificar en caso necesario las plazas belgas de Ypern y Furnes cediéndolas á la Francia, y entrar solo en negociaciones con el rey de Prusia cuando no quedara absolutamente otro remedio. Este caso extremo era para la corte de Viena la posibilidad de la deserción de la Sajonia, que podía repetir su papel del año 1741 y hacer separadamente la paz con la Prusia á costa del Austria, y una alianza con aquella y la Francia. Para esta misión parecía el conde de Harrach perfectamente idóneo, porque pasaba por ser uno de los diplomáticos mas capaces de su país, y en cuanto á prusófono no cedía en nada á su soberana María Teresa. No había que temer que este hombre entrara en negociaciones con Federico II sino en el último extremo.

La misma noche del 15 de diciembre, cuando toda la ciudad estaba consternada y aterrorizada con las calles llenas de fugitivos de Kesselsdorf, empezó Harrach sus negociaciones con el embajador francés Vaulgrenant; pero aunque estaba autorizado para hacer sacrificios grandes, y dispuesto á hacerlos mayores por su cuenta y riesgo, con tal de poder eludir la paz con la Prusia, no pudo conceder lo que el embajador francés pedía, que era además de Parma, Piacenza y la sucesión de Guastalla, la ciudad y territorio de Pavia, y para el infante don Felipe, Tortona y Alejandría. Esto ya era demasiado, tanto mas cuanto que la Francia entendía tratar sobre la base de la cesión de la Silesia á favor de Federico II, que era cabalmente lo que quería evitar la emperatriz María Teresa con los sacrificios que estaba dispuesta á hacer en Flandes é Italia. Así fué que Harrach desistió de seguir adelante y escribió enteramente desanimado á su gobierno desde Pirna al día siguiente de su entrevista: «Quisiera arrancarme los ojos cuando pienso que yo he de forjar las cadenas de la eterna esclavitud de nuestra augusta emperatriz y de todos sus descendientes.» El resto de la carta que trataba de la desesperación de los sajones, de su irritación contra los austriacos, y de la palpable incapacidad del príncipe Carlos, hizo tal impresión en Viena, que la emperatriz convocó inmediatamente el mismo 19, día de la

recepción de la carta, su consejo de ministros, y después de una cortísima conferencia, envió á Harrach la órden de hacer sin dilación la paz con la Prusia sobre la base de la aceptación simple del convenio de Hanover.

Sobre esta base se hizo efectivamente en Dresde la doble paz entre la Prusia por un lado y el Austria y Sajonia por otro en 25 de diciembre de 1745; cediendo el Austria y garantizando la Sajonia la posesión de la Silesia á favor del rey de Prusia con las mismas fronteras fijadas en 1742, y sin las reservas arteras que lord Hyndford había introducido en la paz preliminar de Breslau para hacerla entonces mas aceptable á la corte de Viena. Sin embargo, no por eso pensó el Austria en reconocer esta cesión forzosa como definitiva, y así lo demuestra un artículo secreto dirigido contra la Prusia, que introdujo María Teresa en el tratado defensivo que hizo en 2 de junio de 1746 con la Rusia, y del cual hablaremos mas adelante. La misma intención falaz se vió claramente dos años después, cuando en las negociaciones de paz que se entablaron en Aquisgran el gabinete de Viena se opuso con todas sus fuerzas á que todas las potencias europeas garantizaran á la Prusia la posesión de la Silesia.

Por segunda vez había renunciado María Teresa á la Silesia, obedeciendo á la fuerza de las circunstancias, y esta vez como en 1742 para poder emplear su fuerza principal contra otros enemigos, para arrancar á los españoles y franceses la Italia superior que en este mismo año de 1745 habían conquistado casi por completo, y porque el ejército austriaco en Italia era insuficiente para sostener al rey de Cerdeña contra la superioridad numérica de sus contrarios.

En el mes de abril de 1745 el general Gages á la cabeza de su ejército hispano-napolitano salió de los Estados de la Iglesia, y después de atravesar los Apeninos, se reunió á últimos del mes de junio en el territorio de la república de Génova con el ejército franco-hispano al mando del mariscal Maillebois y del infante don Felipe. La república de Génova entró en la alianza franco-hispano-napolitana dirigida contra el Austria, en virtud de un convenio firmado en 7 de mayo en Aranjuez con el objeto de conservar el marquesado de Finale, que María Teresa había cedido sin derecho para ello al rey de Cerdeña en el tratado de Worms del 13 de setiembre de 1743.

La entrada de Génova en la alianza reforzó el ejército con un cuerpo de 10,000 hombres y mucha artillería, de suerte que Gages y Maillebois pudieron abrir la campaña á mediados de agosto con un ejército de 70,000 hombres; y mientras las fuerzas austriacas y piemontesas que juntas subían á unos 50,000 hombres, acampaban inactivas cerca de Bassignano, tomaron los franceses á Tortona, y los españoles á Piacenza, Parma, Pavia y amenazando además á Milan. Para socorrer á esta plaza salió inmediatamente el general Schulenburg con las fuerzas austriacas del campamento de Bassignano; pero apenas se alejaron estas fuerzas, los españoles volvieron atrás y se lanzaron con todo el ejército aliado sobre el rey Carlos Manuel á quien derrotaron completamente el 28 de setiembre.

Refugióse el rey de Cerdeña en Casale, cuya plaza, á excepción de su ciudadela, fué tomada en seguida, y después lo fueron Alejandría, Valenza y Asti, quedando encargados los franceses del sitio de la ciudadela de Casale. En 19 de diciembre hizo el infante español su entrada en Milan y en 26 del mismo mes firmó el rey de Cerdeña con el plenipotenciario francés en Turin los preliminares de la paz con la cual creyó el marqués de Argenson excluir para siempre al Austria de Italia. Todo el territorio milanés á la izquierda del Po quedaba para el rey de Cerdeña, y los territorios del Milanésado situados en la orilla derecha de este rio debían



repartirse entre él, Parma, Módena y Génova. Libre ya la Italia del Austria, debían formar sus gobiernos una confederación con su dieta al estilo de la germánica, conforme ya había propuesto Chauvelin el año 1733. Los soberanos extranjeros que quedaban en la península debían renunciar solemnemente á toda posesión y á toda herencia fuera de Italia á fin de quedar completamente nacionalizados. El veto que interpuso España, cabalmente la potencia que habría heredado las posesiones austriacas en Italia, hizo fracasar este plan. La corte de Madrid rechazó indignada los preliminares de Turin, porque la reina Isabel reclamaba también el Milanesado para su hijo segundo.



Cárlos Eduardo Estuardo. Copia de un grabado del año 1744 hecho por Juan Daullé

Estando así las cosas, y viendo Cárlos Manuel que los preliminares ni siquiera le procuraban una tregua con Francia, habiendo quizás entrado en estas negociaciones solo para salvar la ciudadela de Alejandría que se hallaba en situación apuradísima, decidióse á no esperar ya auxilio ajeno, á proceder por su cuenta y ayudarse á sí mismo. En 6 de marzo de 1746 emprendió el teniente general barón de Leutrum, el valiente defensor de Coni, la atrevidísima empresa de apoderarse de Asti ocupada por los franceses, y el día 8 por la mañana estuvo en posesión de la plaza con la guarnición francesa prisionera de guerra. De allí marchó al socorro de Alejandría, que los españoles evacuaron al saber su aproximación. El baluarte del Piamonte que se había sostenido heroicamente todo el invierno quedó salvado. En esto llegaron 30,000 austriacos que María Teresa enviaba al socorro de su aliado, y desde entonces los españoles fueron perdiendo una tras otra todas sus conquistas, hasta que el ejército franco-español fué completamente derrotado el 16 de junio por el austro-sardo cerca de Piacenza. Tres semanas despues, en 9 de julio, murió el rey de España Felipe V y su sucesor Fernando VI mandó inmediatamente un nuevo general á Italia con orden de llevar de nuevo el ejército español á Niza. Con los españoles se marcharon también los

franceses; el 17 de setiembre estaban ya ambos ejércitos al otro lado del Var, y el 6 del mismo mes se había entregado á los austriacos la plaza de Génova, tan infamemente abandonada por sus aliados.

Antes de seguir adelante en la narración de los sucesos que ocurrieron en Italia, hemos de referir aquel episodio memorable de la historia de Inglaterra, que concluyó en la batalla de Culloden en 27 de abril de 1746.

Fué una gran vergüenza para la orgullosa Inglaterra aquella última sublevación jacobita que estalló contra el poderosísimo gobierno whig tan repentinamente, como un forajido penetra de noche en una casa mal guardada donde todos los habitantes duermen, y que mostró á los ojos de todos la generación miserable que había producido el parlamentarismo egoísta y regalado.

La dinastía de los Estuardos, destronada por su propia culpa é incapacidad, había producido en el ostracismo y en la persona de Cárlos Eduardo, hijo mayor del pretendiente que vivía retirado en Roma, un retoño digno de prestar un último fulgor honroso á las glorias moribundas de su casa antes de su extinción completa.

En 4 de agosto de 1745, Cárlos Eduardo, con 4,000 doblones en el bolsillo, llegó en compañía de siete amigos en un buque francés á las playas occidentales de la Alta Escocia, desde donde llamó á las armas á los jefes de clanes más poderosos como los Cameron de Lochiel, Alejandro Macdonald, MacLeod y otros, con sus súbditos respectivos, para defender la justa causa del rey legítimo Jacobo VIII. Nadie le había llamado; nadie le esperaba tampoco, y sin embargo no resistió nadie al encanto de su persona, de su elocuencia y de su carácter caballeresco. De estatura atlética sobresalía entre todos los demás; su porte era nobilísimo y su trato amable é irresistible; al propio tiempo era modelo de guerreros; valiente, arrojado, previsor y frugal. Con razón podían decir luego de él sus compañeros de armas y de victorias «que sabía vivir con una corteza de pan seco, dormir sobre paja de guisantes, despachar la comida en cuatro minutos y ganar en cinco minutos una batalla;» de modo que este príncipe que á la sazón contaba 25 años, reunía absolutamente todas las cualidades para ser un héroe popular como no se había visto en Escocia desde Roberto Bruce. Su marcha sobre Perth, y de allí á Edimburgo, fué triunfal, agregándose á su paso continuamente nuevas y numerosas bandadas de montañeses. Con un golpe de mano apoderóse de la capital sin efusión de sangre, y en 1.º de octubre, con 2,500 partidarios derrotó en cinco ó seis minutos cerca de Preston Pans, al cuerpo de tropas inglés de igual fuerza mandado por el general John Cope; victoria debida al valor impetuoso de los montañeses que la alcanzaron á pesar de ir mal armados, sin artillería ni caballería. Al esparcirse la noticia de esta derrota llenóse toda la Inglaterra de terror indescriptible; el mismo gobierno temblaba como si estuviese cerca el día del juicio final, y uno de sus miembros más valientes, Enrique Fox, escribió entonces: «Wade sostiene, y yo soy de su parecer, que la Inglaterra pertenece al primero que venga á tomarla. Si V. sabe quién va á ser el primero que venga aquí, sean los 6,000 holandeses y los 10 batallones ingleses, ó sean los 5,000 franceses y españoles, sabe también á quién perteneceremos.» Pocos días despues escribió: «Gracias á Dios, los franceses no han venido; pero si una semana antes hubiesen desembarcado solamente 5,000 de ellos en cualquier punto de la isla, estoy convencido de que habrían conquistado todo el reino sin una sola batalla.»

Pocas semanas despues de tan crítica situación emprendió el príncipe Cárlos Eduardo su marcha sobre Londres con 6,000 hombres nada más. La plaza fuerte de Carlisle es el

rindió con toda su guarnición. En ninguna parte de Inglaterra encontró el hijo del pretendiente resistencia, bien que tampoco partidarios que se le agregasen para aumentar sus fuerzas; ni en Manchester donde sin embargo fué recibido con grande entusiasmo. Cuando llegó á Derby con su pequeño ejército de siervos montañeses, desnudos, pobres, hambrientos y mal armados, su proximidad á la capital produjo en ella un pánico imposible de describir; el 6 de diciembre (estilo antiguo), sobre todo ha quedado grabado en la memoria de los ingleses bajo el nombre de «Viernes negro» (1). Aquel día parecía que el banco de Inglaterra, el baluarte más fuerte de la dinastía hanoveriana, iba á hundirse bajo el peso y la presión de los millares de personas que, locas de espanto acudieron á este establecimiento para salvar sus intereses. El primer ministro, duque de Newcastle, había perdido la brújula y no se dejó ver de nadie. El rey mandó empacar todos sus tesoros y preciosidades, y tenía preparados los buques en el Támesis para embarcarse con sus riquezas y huir. Hoy es indudable que un golpe de mano del hijo del pretendiente le habría entregado la capital, y que su padre Jacobo Eduardo habría sido proclamado rey de Inglaterra, Escocia é Irlanda. Es verdad que su reinado habría sido efímero: el régimen de los Estuardos no habría tardado en desaparecer otra vez en una nueva guerra civil por ser radicalmente incompatible con la época y con su espíritu. Así lo comprendieron los jefes escoceses, los cuales á la mañana siguiente de su llegada á Derby declararon al príncipe Cárlos Eduardo que desde un principio habían sido contrarios á penetrar en Inglaterra, pero que se habían conformado con la invasión porque se les había prometido una sublevación del pueblo inglés á su favor y un desembarco de fuerzas francesas. Como nada de esto había sucedido, entendían que lo más prudente era volverse sin demora á Escocia. El príncipe no tuvo más remedio que acceder á este consejo que era una intimación y accedió profundamente contristado y desalentado. El duque de Cumberland emprendió la persecución de los escoceses en su retirada; pero fué rechazado con grandes pérdidas cerca de Clifton. Otra derrota más sensible aun sufrió el general Hawley en la acción de Falkirk, y solo despues de haberse desbandado la mayor parte de los escoceses en su país, dirigiéndose cada tribu y clan á sus respectivas montañas, pudo aniquilar el duque de Cumberland el resto de la gente del príncipe en la sangrienta batalla de Culloden en 27 de abril de 1746 (estilo moderno). Con esta victoria inauguró el duque una guerra de exterminio contra los clanes montañeses rebeldes, que le valió el sobrenombre de «el carnicero.»

Mientras en Escocia ocurrían estos acontecimientos, en las regiones gubernamentales de Inglaterra, luego que pasaron los primeros momentos de peligro y angustias mortales, se representaba una comedia muy curiosa. El rey Jorge, loco de ira por el vergonzoso papel que había hecho á consecuencia de la incapacidad inaudita del gobierno de los hermanos Pelham al cual tanto odiaba, tomó la resolución de deshacerse de un gabinete fuerte para tiranizarle á él, pero incapaz para librar al país y al soberano de tan estúpido peligro y tan vergonzoso baldón. Pensó pues formar con el concurso de los lores Bath (Poultenay) y Granville (Carteret) una nueva administración á su imagen, y cuando volvieron sus ministros á importarle de nuevo para que diese á Guillermo

(1) Véase la descripción de este pánico en el *True patriot* de Fielding, n.º 17, correspondiente al 17 de diciembre de 1745. ¿Quién al ver estas cosas, dice, podrá dejar de atribuirles al castigo impuesto á esta nación pecadora, tanto más, cuanto que hay que confesar que es castigo merecido? (Obras de Henry Fielding ed. de Roscoe, Londres 1841, página 669.)

Pitt un puesto en la alta administración del país, mandóles decir en 17 de febrero por medio de lord Bath que no quería dar empleo á aquel personaje y que además pensaba adoptar otras disposiciones en las cosas del continente. El ministerio dimitió, y el rey encargó á Bath y Granville la formación de otro nuevo, pero esto resultó imposible, porque nadie quiso aceptar cartera ni otro puesto elevado alguno; todos los miembros del parlamento se negaron como un solo hombre, obedeciendo la consigna dada por los jefes, á entrar en el nuevo gabinete, de suerte que no quedó más remedio al rey que volver á llamar al duque de Newcastle, del cual decía que el soberanillo más pequeño de Alemania no le tomaría siquiera por chambelán, y hasta hubo de nombrar á Guillermo Pitt vice-tesorero de Irlanda y despues director de la pagaduría del ramo de guerra. En fin tuvo que reconocer y decir otra vez que en Inglaterra eran los ministros el verdadero soberano.

Carteret ó sea lord Granville siguió sacrificando á Baco, riéndose de aquel entremés y declarando muy ufano que para él todo había sido una extravagancia, una broma divertida que de buena gana volvería á repetir.

Estando ocupadas las tropas inglesas en su país, los franceses pudieron apoderarse casi sin trabajo de toda la Bélgica merced á la defensa floja y casi nula de los holandeses, y á la llegada tardía y á la defensa desgraciada de los austriacos. En 21 de febrero de 1746 el mariscal de Sajonia tomó la capital de Bruselas despues de tres semanas de sitio, y en mayo Luis XV se volvió á presentar en el teatro de la guerra con 90,000 hombres. Rindióse Amberes á los franceses el 30 del mismo mes; Mons y Huy en julio; Charleroi el 2 de agosto; Namur el 30 de setiembre, y el 11 de octubre el mariscal de Sajonia derrotó completamente cerca de Rocoux al ejército aliado compuesto de tropas austriacas, holandesas, inglesas, hanoverianas y hessenas, cuyo mando en jefe tenía el príncipe Cárlos. Los franceses eran dueños de toda la Bélgica y no había que pensar en arrebatarles su presa. La superioridad de sus fuerzas militares se fué patentizando más y más, de suerte que posteriormente bastó la simple resolución del rey de renunciar á todas sus conquistas para que se hiciera la paz general.

El teatro del desenlace de los sucesos estaba pues en los Países Bajos, donde cabalmente era más indiscutible la preponderancia de las armas francesas.

En el Mediodía de Europa no alcanzaron ya ninguna ventaja nueva los ejércitos piamonteses y austriacos. La invasión de la Provenza que de comun acuerdo emprendieron á fines de noviembre de 1746, quedó paralizada antes de haberse dado principio al sitio de Antibes, por la sublevación de los genoveses, que desde el 5 hasta el 10 de diciembre habían sacudido el yugo tiránico austriaco impuesto por el marqués Botta d'Adorno; y á principios del año nuevo un ejército franco-español rechazó á los austriacos y piamonteses hasta la Riviera. Los genoveses, con el auxilio de la Francia, se sostuvieron contra las fuerzas austriacas que habían puesto sitio á la ciudad, las cuales se retiraron el 18 de julio viendo la inutilidad de sus esfuerzos. Al día siguiente una división austro sarda derrotó á otra francesa mandada por el caballero de Belleisle en la cima del Col d'Assiete, pero esta victoria no tuvo consecuencias ulteriores estratégicas.

Más importantes y decisivos fueron los sucesos que entre tanto habían ocurrido en el Norte. Luis XV, viendo que las conferencias de Breda eran estériles para llegar á una paz general, resolvió obtenerla á la fuerza por medio de una invasión en Holanda, es decir, en la Flandes holandesa. Mientras el mariscal de Sajonia detenía al ejército aliado en el Brabante meridional, el conde de Loewendahl el 17 de